

industrialización. Conviene recordar que frente al proceso de colonización cultural y tecnológica, esta necesidad de una sociología adecuada al nivel y a las circunstancias concretas de cada pueblo fue postulada por los sociólogos de los países subdesarrollados en el último congreso mundial celebrado en Varna. Pero hablar de una sociología del desarrollo es para nosotros hablar de la delimitación de los problemas concretos planteados en nuestro país por nuestra específica situación de país semidesarrollado, y ante la alternativa de la «europeización» —con los propios interrogantes europeos— y sus exigencias de modernización política y social de las estructuras internas. En el estadio actual de este proceso podría resultar significativa la posición de los sociólogos procapitalistas, afirmando la creciente integración consumista y los aumentos de nivel de vida de los trabajadores a los que se contraponen una dialéctica de situaciones proletarizadas que todavía podrían estrangular el proceso de integración en las macroestructuras capitalistas (2). Pero el enfoque a partir de esta última afirmación hecha desde dentro del propio proceso de cambio-conflictivo-específico de nuestro país ha de escaparse, forzosamente, a la visión especulativa realizada desde el ámbito académico —es decir, fuera de la sociedad— a partir de unas categorías y una metodología de inspiración norteamericana (Parsons, Merton, etcétera), agudamente criticadas por Moya en el presente volumen y en un paralelismo con Dahrendorf «muy próximo a su argumentación y parcialmente coincidente» al enjuiciar el modelo estructural-funcional.

Para el autor, la teoría del conflicto y de la dominación «se presenta como superación del análisis estructural-funcional, en cuanto su explicación de la desigualdad social establece los fundamentos axiomáticos para una teoría del cambio social en función del conflicto social que toda estructura de poder implica. Dahrendorf, retomando ele-

mentos de Marx, Max Weber y Mills, parece solucionar los problemas capitales para la fundación de una teoría sociológica general». Señala, sin embargo, la insuficiencia teórica tanto de Dahrendorf como de Mills, ya que el horizonte teórico dentro del cual ejercen la crítica del enfoque funcionalista se dibuja en ambos a partir del uso de las categorías normativistas derivadas de la dimensión institucional del acontecer social: «La sociología es la ciencia de las instituciones sociales en cuanto ya constituidas, sin poder resolver, por consiguiente, el problema analítico de su génesis ni, por tanto, el concreto problema de su transformación histórica». ¿Tiene sentido entonces, hablar de una teoría sociológica general, de su construcción, de su posibilidad? «No se puede hablar todavía —escribe Moya— de una teoría sociológica universalizada, sino de fragmentos de esa posible teoría de vigencia relativamente internacional. Un factor decisivo hacia esa relativa unificación del lenguaje sociológico ha sido la «regionalización» política occidental bajo el liderazgo americano, controlando parcialmente la expansión mundial del desarrollo científico tecnológico». Frente a la distinción demasiado rigurosa entre «teoría sociológica» y «teoría de la sociedad», cabe preguntarse si este hecho de la «regionalización» no supone el cumplimiento práctico de una teoría de la sociedad que se describe a sí misma a través de la «teoría sociológica» estructural-funcional con la pretensión de fundamentar «científicamente» un sistema de valores ideológicamente determinados por los intereses conservadores dominantes. La convergencia, a partir de los años cincuenta, de las teorías coincidiendo con la vigencia creciente del funcionalismo, ¿no se corresponde con el acto de solidaridad y la convergencia de las teorías de los países norteamericanos bajo el propio liderazgo americano, es decir, la convergencia de intereses políticos del bloque occidental? Y por el contrario, la negación dialéctica, fruto de la subjetividad individual y de las clases trabajadoras violentadas por el «orden» cosificador de las instituciones

conservadoras, justifican igualmente la teoría de la dominación y la rebelión social postulada por los teóricos del bloque marxista. Vemos así que las teorías siguen muy de cerca el propio proceso de las fuerzas antagonistas que constituyen el acontecer histórico.

No podemos acabar sin mencionar al último trabajo dedicado a la crítica —tan necesaria— del sistema de indicadores sociales, generalmente utilizados a partir del «recetario» o «inventarios teóricos», donde lo que podríamos denominar la datomanía obra acumulando «datos cuantificables» cuya operatividad en el aparato burocrático-cibernetico excluye o disuelve la sorpresa y el análisis cualitativo, clave imprescindible para una explicación totalizadora. ■  
F. ALMAZAN.

## TEATRO

### 23 de marzo: Día Mundial del Teatro

El mundo está lleno de instituciones, asociaciones, congresos, organizaciones, que, a nivel nacional o internacional, hacen propuestas humanitarias, culturales, encuadrables en un proceso histórico progresivo y razonable. Paralelamente, el mundo está lleno de instituciones, asociaciones, congresos, organizaciones, que, a nivel nacional o internacional, lanzan soflamas represivas, encuadrables en una involución histórica desesperanzadora.

Esta convivencia, legalmente establecida, da cierto carácter tragicómico a una serie de propuestas. Así, el Día Mundial del Teatro, determinado por el Instituto Internacional del Teatro (encuadrado en la UNESCO), en función de una serie de razones que chocan palmariamente con los límites reales de la vida teatral. Año tras año, grandes figuras de la literatura y del teatro han ido escribiendo lo que se ha llamado el «Mensa-

je internacional»; año tras año han insistido sobre la función artística y social del teatro, sobre su carácter de vehículo artístico destinado a la libre investigación de la condición humana contemporánea. Y no eran mensajes retóricos. Entre otras cosas, porque si no se parte de una concepción abierta y libre del teatro, si no se le da la responsabilidad y el puesto que le corresponde en el intercambio de las ideas y el desarrollo de la vida social, huelga la aparatosidad de un Día Mundial



Joaquín Calvo Sotelo.

del Teatro, convertido en última instancia, en un extemporáneo Día de Difuntos.

En España se han hecho varias formas de celebración. La larga parálisis del Centro Español del Instituto Internacional, confundido con un departamento oficial, obligó a una serie de improvisaciones, correspondiéndole a Víctor Aúz, en la breve época en que trabajó junto a García Escudero, las iniciativas más consistentes: entrada gratuita en los teatros oficiales y coloquios con el público al término de las representaciones.

Este año la celebración se va a beneficiar de la reestructuración del Centro Español del Instituto Internacional del Teatro, cuya presidencia ha dejado de corresponder automáticamente a un alto cargo de la Administración para pasar a Joaquín Calvo Sotelo. Este Centro, que ya programó las Conversaciones sobre los «clásicos» en el II Festival Internacional, ha editado un folleto en el que se incluye el «Mensaje internacional» de este año, escrito por Maurice Béjart, más el anuncio de las

conferencias conmemorativas. Se celebrarán en la sala Goya del Círculo de Bellas Artes e intervendrán: Manuel Dicenta, con el tema «La interpretación: ese eterno tejer y destejer del comediante»; Antonio Gala, con «Apuntes de un autor sobre el teatro actual»; Jaime Salom, con «La teología radical en el teatro moderno»; José María Loperena, con «Un director de escena en el teatro actual»; Carlos Muñiz, con «Venturas y desventuras del teatro en España»; y Miguel Mihura, con «Del teatro, lo mejor es no hablar».

En cuanto al mensaje de Béjart, es, a primera vista, menos «sociológico» que el de Miller, Neruda o Miguel Ángel Asturias. Es lógico. Sólo que, en la medida en que Béjart es un hombre serio, sus preocupaciones estéticas se cargan de implicaciones socioéticas. Porque, ¿qué sentido tiene hablar de la «unión» entre los actores y los espectadores, o de la «unión» de las partes que componen la concepción del hombre, si la organización social y económica nos mantiene divididos y separados? ■  
JOSE MONLEON.

## CINE

### Cibernética por boca de pregonero

La amenaza de Andrómeda, o cómo bajo la apariencia de una película de problemática actual puede esconderse el esquema de siempre, el esquema que el cine americano ha repetido miles de veces desde que Griffith empezó a dar señales de vida. Porque volvemos a encontrarnos con un grupo de hombres de cuya actuación depende la supervivencia de la Humanidad. Esos pocos hombres son americanos, por supuesto; trabajan contra reloj, por supuesto; su acción definitiva se produce segundos antes de que sobrevenga la explosión aniquiladora, por supuesto. ¡Lo a nues-

(2) «Cambio social y modernización política». Edicusa. Véase el interesante análisis de Alfonso Ortí en el capítulo dedicado a los años sesenta.